

TORRE

DE LOS

LUJANES

Revista de la Real Sociedad Económica Matritense

Nº 58 (abril - 2006)

S E P A R A T A

Los ataques del doble o el loco de Avellaneda
Luis Gómez Canseco

Los ataques del doble o el loco de Avellaneda

Luis Gómez Canseco^(*)

Resumen

El *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que apareció en 1614 firmado por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, no sólo se presenta como una agresión personal contra Cervantes, sino como un envite que pretendía competir ideológica y literariamente con él. Los personajes cervantinos sufren una metamorfosis que convierte en bufón al escudero y al caballero en loco furioso, que termina encerrado en el manicomio de Toledo. Ese último capítulo, relacionado directamente con la novela ejemplar de *El licenciado Vidriera* y otros textos contemporáneos, dio pie a Cervantes a iniciar su respuesta con materia de locos. Pero la segunda parte cervantina no se limitó a devolver el golpe, sino que convirtió la historia apócrifa en un elemento esencial del engranaje que viene a deshacer las lindes entre realidad y ficción. Al cabo, Cervantes conseguirá que los personajes impostados devengan en reales y que Avellaneda se convierta en un historiador tan real como desafortunado.

Había de andar bien avanzado el verano de 1614 y Miguel de Cervantes estaba para cumplir los sesenta y siete años, unos cuantos más que su Alonso Quijano, que sólo frisaba con los cincuenta. Aunque él lo ignorara, le quedaban poco menos de dos de vida. Fue entonces cuando salió a campo abierto el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas*. Es de suponer que, para entonces, su propia segunda parte tenía que estar más que medio terminada y Cervantes se topó con un libro que le birlaba a su héroe y que venía, según propia confesión, a quitarle la fama y los dineros.

El berrinche hubo de ser mayúsculo. Para colmo, no sabemos si Cervantes llegó a poner en pie qué rostro se escondía detrás de la máscara de Avellaneda. No sólo eso; tuvo que confirmar desde bien pronto que el libro enemigo estaba pla-

(*) Universidad de Huelva.

gado no sólo de insultos, sino también de mentiras, pues ese *Segundo tomo* se presentaba estampado en las prensas tarraconenses de Felipe Roberto. Sin embargo, cuando don Quijote llega a Barcelona, huyendo precisamente de la sombra alarga de su émulo, tiene la curiosidad de visitar una imprenta: "Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*, de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna y deseaba saber cómo fuese". Entre las obras que allí salen de las planchas está la del otro: "Pasó adelante y vio que asimesmo estaban corrigiendo otro libro, y, preguntando su título, le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas" (II, 62). Este episodio ha permitido hacer numerosas conjeturas respecto a la impresión del apócrifo, y las más verosímiles apuntan al impresor barcelonés Sebastián de Cormellas, amigo de Lope de Vega y de los impresores tarraconenses Roberto, que pudieron haberle permitido hacer uso de su sello para borrar los rastros de la trama editorial. Acaso por eso escribió Cervantes en ese mismo capítulo aquello de "Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos a otros", en alusión directa a los engaños en la contabilidad y los acuerdos entre los impresores para favorecerse mutuamente.

Parece evidente que Avellaneda pretendió ocultar los orígenes de la obra y quiso arrojarla como dardo envenenado contra el manco, acaso por sentirse agraviado con algún comentario que el manco deslizó en la primera parte y que, al día de hoy, no hemos acabado de identificar. Para vengarse lo dio de envidioso; de bravucón, viejo, pobre, ofensor de los demás; de estar tan falto de amigos que no había encontrado quien le escribiera un soneto laudatorio para su obra; de murmurador, encarcelado y hasta de cornudo con todas las astas. Pero soltar bilis no fue la única intención que movió a Avellaneda, que para eso le hubiera bastado con tres o cuatro sonetos agudos. El escritor embozado quiso también competir literariamente con Cervantes y responder a su crítica visión del mundo. Y es que Alonso Fernández de Avellaneda se presenta como un hombre piadoso, devoto del rosario y aficionado a los dominicos. Muchos de los pasajes de su novela, como la historieta de *Los felices amantes*, tienen un evidente propósito didáctico, que encaja como anillo al dedo con las disposiciones del Concilio de Trento y con las posiciones que los dominicos adoptaron en la controversia de *auxiliis*, esa batahola teológica en torno a la concordia entre libre albedrío y omnisciencia divina que enzarzó a los dominicos y los jesuitas entre 1588 y 1607. En cosas de política, el autor estuvo al lado de los poderosos y no dudó en identificarse con el orden dominante, para alabar al rey y a la nobleza, a la que otorgó el protagonismo principal de su novela. Por eso en el *Quijote* avellanedesco se rebaten las ironías y las ambigüedades cervantinas en cosas de religión y se censura su visión más bien crítica del orden social.

Pero hay una cosa más que no hay que dejar de lado para saber algo de este individuo. Me refiero a su condición de pelota, adulator servil e imitador a conciencia de fray Félix Lope de Vega y Carpio. Avellaneda no perdió ocasión de alabar a Lope, de ensalzar sus virtudes y méritos, de defender su fama, de citar sus obras y de seguir sus gracias, pues parece un hombre decididamente impuesto en la lectura del Fénix. Por ello no hay que descartar que, de un modo u otro, el mismo Lope estuviera detrás de la trama que dio lugar al libro espurio.

Fuera quien fuere el tal Avellaneda lo que sí resulta evidente es que fue un amante de las letras, que leyó mucha literatura y que gustaba mucho del teatro. Como poco, había leído la *Galatea* y las *Novelas ejemplares* de Cervantes, la *Diana* de Montemayor y sus continuaciones, muchas de las comedias, prosas y poemas de Lope de Vega, las *Guerra civiles de Granada*, *La pícara Justina*, *El Buscón* de Quevedo, las obras de Ariosto y Boiardo y las 'novelle' de Bandello. Puede asegurarse, además, que leyó con gusto y devoción la primera parte del *Quijote* y que supo diferenciar entre el odio personal que sintió por Cervantes y su admiración por la obra. Donde encontró mayor gusto fue en la sal gorda de los primeros capítulos cervantinos, en las quijotadas, los golpes y las calabazadas, esto es, en la comicidad más grotesca que domina las aventuras iniciales. A eso añadió algunos alardes eruditos, un poco de doctrina y dos novelitas que, muy probablemente, tenía escritas con anterioridad: la historia de *El rico desesperado* y la de *Los felices amantes*.

Avellaneda se atuvo al don Quijote loco y al Sancho simple de esos primeros capítulos y partió de dos elementos que Cervantes terminaría por rechazar: las alteraciones de la personalidad y el romancero. En el apócrifo, don Quijote se convierte en un loco desenamorado, descreído y soberbio y Sancho, en un villano zafio, glotón y codicioso. En el don Quijote falsario sólo cabe sino la infalibilidad de la locura; se limita a ejercer de fanfarrón, a ensartar romances y a expresarse por medio de la *fabla* arcaizante de los libros de caballerías y las comedias. Como los locos de la imaginación popular, el rasgo más significativo de su enfermedad es el desdoblamiento de personalidades. La transformación de Sancho en manos del apócrifo sigue la misma senda. Nada queda del amor, la lealtad y del respeto que el Sancho bueno sentía por don Quijote. El escudero apócrifo repite el estereotipo inamovible del rústico bosquejado por la comedia española, a través de su caracterización lingüística, la glotonería y los deleites escatológicos. No es mucho que el Sancho verdadero, se revuelva en la segunda parte y diga:

...el Sancho y el Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado, y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho. (II, 59)

Este nuevo don Quijote está incapacitado para el amor, hasta el punto de que Dulcinea desaparece del paisaje narrativo de 1614. El espacio femenino lo ocupó una vieja prostituta llamada Bárbara, que tiene la cara cruzada por un tajo y que muestra a las claras sus continuos deseos sexuales. Don Quijote la toma por la reina Zenobia y bajo ese equívoco lo acompaña durante el resto de la novela.

Por el libro transitan clérigos como mosén Valentín, que toma sus hechuras del canónigo toledano y sobre todo del cura Pero Pérez; una compañía de comediantes, que representan *El testimonio vengado* de Lope de Vega; y nobles, muchos nobles. Los nobles son los verdaderos protagonistas de la obra y los que trasladan la vida quijotesca del campo a la ciudad; ellos son los motores del solaz y la risa, y los que acompañan al nuevo don Quijote en su viaje desde el Argamesilla hasta el manicomio de Toledo. Y es así, rodeados de nobles, como amo y escudero terminan por convertirse en un loco de corte y un bufón, con los rasgos característicos que éstos tenían en la corte de los Austrias. Estos nuevos Sancho y don Quijote, transformados por Avellaneda, sólo tienen sentido ante un público que ría sus gracias y que se mofe de ellos. De ahí la obligación de cambiar de personajes, de llevar la acción hacia las ciudades y de presentarla en un ambiente cortesano. Sólo los nobles sabrían disfrutar de este regalo en los exactos términos que el decoro exigía, a medio camino entre el solaz y la medida. Tal postura intermedia se conoció en la época como 'eutrapelia', que Covarrubias definió en su *Tesoro* como “un entretenimiento de burlas graciosas y sin perjuicio”.

Esas burlas de locos tienen su punto culminante en el capítulo XXXVI y último de este segundo *Don Quijote de la Mancha*. Don Álvaro Tarfe, el caballero morisco que en el capítulo I saca a don Quijote de su aldea para llevarle a unas justas caballerescas en Zaragoza, es ahora el encargado de recogerlo en la Casa del Nuncio de Toledo. Una vez dentro de este hospital de locos, don Quijote se encuentra con “un hombre puesto en tierra en cuclillas, vestido de negro, con un bonete lleno de mugre en la cabeza, el cual tenía una gruesa cadena al pie y en las dos manos unos sutiles grillos que le servían de esposas”. El caballero increpa a su nuevo compañero y éste, tras un puñado de risas y otro de lágrimas, le responde:

¡Ah, señor caballero! Y si supieseis quién soy, sin duda os movería a grandísima lástima, porque habéis de saber que en profesión soy teólogo; en órdenes, sacerdote; en filosofía, Aristóteles; en medicina, Galeno; en cánones, Ezpilcueta; en astrología, Ptolomeo; en leyes, Curcio; en retórica, Tulio; en poesía, Homero; en música, Anfión. Finalmente, en sangre, noble; en valor, único; en amores, raro; en armas, sin segundo, y en todo, el primero. Soy principio de desdichados y fin de venturosos. (Avellaneda: 712)

En 1598, Lope de Vega ya había incrustado un parlamento similar en la *Arcadia*, donde dice: “Éste será Pompilio en la religión, Radamanto en la severidad, Belisario en el galardón, Anaxágoras en la constancia, Epaminundas en la magnanimidad, Temístocles en el amor de la patria, Periandro en el matrimonio,

Pomponio en la verdad, Alejandro Severo en la justicia, Atilio en la fidelidad, Catón en la modestia y, finalmente, Timoteo en la felicidad de la guerra" (*Arcadia*: 232). No sólo eso, el mismo Cervantes usó de una enumeración similar en la primera parte del *Quijote*, cuando el canónigo de Toledo hace relación de las posibilidades narrativas de los libros de caballerías:

Puede mostrar las astucias de Ulixes, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre. (I, 47)

A partir de ahí, el loco erudito ensarta una ristra de sentencias latinas para censurar a distintos estamentos de la sociedad. Contra los médicos, acude a Juan Bautista Mantuano; para los poderosos utiliza a Bartolomé Casaneo; un proverbio medieval le sirve para arremeter contra los temerosos, odiosos y avaros; ataca a los detractores y da un repaso a los poetas con dos versos de Horacio; usa a Alciato contra los soldados, y no se escapan a su censura los letrados, las damas, las casadas, las niñas, las mujeres hermosas, los amantes ociosos, los sacerdotes y los reyes. El catálogo de citas eruditas no deja, al cabo, títere con cabeza.

La figura de este loco apunta a varios blancos. El primero de ellos es el propio Cervantes, al que ya Lope de Vega había presentado en *La dama boba*, de 1613, como un "necio que por discreto se estima", que "diciendo gracias, es desgraciado de todos" y "que se tiene por más sabio que Platón". El otro es Tomás Rodaja, protagonista de *El licenciado Vidriera*, loco también y también entregado a la sátira social entre agudezas y sentencias latinas. Y no se olvide que Avellaneda confiesa haber leído las *Novelas ejemplares*, que describe en su prólogo como "más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas" (Avellaneda: 195). Por su parte, en el libro IV de *El peregrino en su patria* de Lope de Vega, publicado en 1604, el conde Emilio, de la casa italiana de Anguilara, acude a la casa de locos de Valencia en busca de uno que le sirva de entretenimiento y allí traba conversación con varios locos filósofos y latinistas.

Los ecos de este episodio avellanedesco parecen llegar hasta el libro IV de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, donde Cervantes pinta a "un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano", que explica su afán por reunir sentencias de diversa índole:

Este traje de peregrino que visto, el cual trae consigo la obligación de que pida limosna el que lo trae, me obliga a que os la pida, y tan aventajada y tan nueva que, sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habéis de hacer rico. Yo, señores, soy un hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo. Algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros, y los más maduros, en el de las letras. En los de la guerra he alcanzado algún buen nombre, y por los de las letras he sido algún tanto estimado. Algunos libros he impreso, de los ignorantes non condenados por malos, ni

de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos. Y como la necesidad, según se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mío, que tiene un no sé qué de fantástico e inventivo, ha dado en una imaginación algo peregrina y nueva, y es que a costa ajena quiero sacar un libro a la luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno, y el provecho mío. El libro se ha de llamar *Flor de aforismos peregrinos*; conviene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando en el camino o en otra parte topo alguna persona cuya experiencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algún dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo juntados más de treientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mío, sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre, después de haberlo dicho. Ésta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo.

Entre los aforismos hay uno que apunta directamente a Alonso Fernández de Avellaneda, que, en la portada del *Quijote* apócrifo, se decía natural de Tordesillas: "Periandro si sabía algún aforismo de memoria, de los que tenía allí escritos, le dijese; a lo que respondió que sólo uno diría, que le había dado gran gusto por la firma del que lo había escrito, que decía: *No deseas, y serás el más rico hombre del mundo*; y la firma decía: DIEGO DE RATOS, CORCOVADO, ZAPATERO DE VIEJO EN TORDESILLAS, LUGAR EN CASTILLA LA VIEJA, JUNTO A VALLADOLID" (Persiles, 419-422).

No fue el único lugar en que Cervantes se detuvo a indagar sobre la personalidad de su enemigo. Lo lógico es que tuviera un interés más que considerable en dar con la cara del monstruo, pero no sabemos si lo consiguió. De hacerlo, no quiso dejar constancia clara de ello en ninguna de sus obras, a pesar de que, en diverso lugares del *Quijote* o el *Persiles*, apuntó al origen aragonés, tordesillesco o tarraconense del libro y del autor. Desde entonces, la indagación que inició Cervantes ha tenido continuadores de la más diversa ralea, que han llegado a conclusiones múltiples y contradictorias. Esa atención a la máscara de Alonso Fernández de Avellaneda ha obstaculizado con frecuencia el estudio de un libro que nos puede ayudar a entender como se leyó el *Quijote* en su contemporaneidad y que influyó decisivamente en la composición de la continuación de 1615. De hecho, todo el segundo *Quijote* se reconstruyó como una formidable respuesta al desafío que significaba el apócrifo.

Como Avellaneda cerró su novela con un loco, Cervantes decidió abrirla con dos. En el prólogo de 1615, el primero de estos locos se ocupa en hinchar perros con un cañuto, para concluir filosóficamente: "¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?". ¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?". El otro es un loco de Córdoba que aplasta gozques con un canto, hasta que da con quien le corta la costumbre por lo sano, dando ocasión a que Cervantes adjunte su moraleja: "...de esta suerte le podrá acontecer a este historiador, que no se atreverá a soltar más la presa de su ingenio en libros que, en siendo malos, son más duros que las peñas". De hecho, no sólo el

prólogo, también la dedicatoria, las aprobaciones y el colofón del libro conforman un potente arsenal antiavellanedesco, con el Cervantes pretendía defender su autoridad sobre la obra y los personajes. Pero es en el transcurso de la narración, donde se encuentra la respuesta más cabal.

Desde ese prólogo hay que esperar hasta el capítulo LIX para encontrar la primera mención expresa de la existencia del apócrifo. No obstante y mucho antes se pueden encontrar rastros de las intervenciones que Cervantes realizó en las partes ya escritas para oponerse a su adversario. Las discusiones sobre literatura que tienen lugar en los capítulos III y IV sólo pueden entenderse en el contexto provocado por Avellaneda y no hay que descartar que Cervantes los rescribiera por completo a última hora. El capítulo V comienza con una declaración sorprendente: "Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo". Esta nota sobre la falsificación apunta directamente al monstruo. En el capítulo XI, los héroes se encuentran con una carreta de recitantes de la compañía de Angulo el Malo, que viene de representar un auto de Lope de Vega y que remite a la otra compañía de comediantes que, en el *Quijote* de pega, también representa una comedia de Lope. Pasa un capítulo y don Quijote se topa con otro caballero andante, así como si nada. Dice llamarse el "Caballero de los Espejos", con un nombre que incide en la temática de la duplicidad y, además, asegura haber vencido a un don Quijote de la Mancha, que describe con puntualidad:

Por el cielo que nos cubre que peleé con don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros. entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea debajo del nombre del Caballero de la Triste Figura y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y, finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo.

El don Quijote auténtico lo oye y no lo puede creer: hay otro yo campeando por el mundo. Y lo atribuye a las acciones de la magia, pues "como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente, uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierta de la tierra" (II, 14). No es sólo que ese encantador "que de ordinario le persigue" pudiera ser el mismo Avellaneda, sino que, desde este momento, queda abierta la posibilidad de que existan otros don Quijote y Sancho cabalgando por los mismos paisajes que los verdaderos.

Pero llega al fin el capítulo LIX y Avellaneda irrumpe en forma de libro y de palabra. Don Quijote hace jornada en una de esas maravillosas ventas en las que puede pasar de todo. Y, en efecto, comienza a cenar, cuando, a través de un estrecho tabique, oye a dos caballeros tratar en materia de libros:

-¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

-Con todo eso -dijo el don Juan-, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Desde el otro lado y como por milagro, los personajes mismos de la ficción responden al envite y lo hacen con toda la dignidad del que se siente ofendido en lo más hondo:

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

-Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

-¿Quién es el que nos responde? -respondieron del otro aposento.

-¿Quién ha de ser -respondió Sancho- sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere?; que al buen pagador no le duelen prendas. (II, 59)

Por medio de estos don Jerónimo y don Juan sabemos que Avellaneda había ideado a un don Quijote ahora sin amores y sin Dulcinea. Al cabo, esa desaparición es sólo un síntoma de la profunda metamorfosis que sufre el caballero apócrifo. Cervantes, que miró el cambio con desagrado, se propuso desavellanizar el Quijote que el apócrifo había avellanizado. A partir del capítulo LIX, el libro y los personajes Avellaneda se convierten en eje de la trama. Para evitar al falsario, el caballero decide renunciar a su viaje a Zaragoza y elige como nuevo destino Barcelona. Pero el intento es en vano, pues las gentes que lo reciben ya han leído la otra historia y, por si fuera poco, cuando visita una imprenta en el capítulo LXII, están corrigiendo sus galeradas. Es la segunda vez que don Quijote tiene el *Segundo tomo* entre las manos.

Ya derrotado por el caballero de la Blanca Luna, le llegan noticias frescas, aunque esta vez de los mundos infernales. Resulta que la semimuerta Altisidora asegura haber tenido una visión a las puertas del infierno en la que unos atildados demonios jugaban al tenis con palas de fuego y usaban, "en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva". Entre los pelotazos sale uno "nuevo, flamante y bien encuadernado", en torno al cual estos diablos lectores mantienen una sorprendente conversación:

Dijo un diablo a otro: "Mirad qué libro es ese". Y el diablo le respondió: "Esta es la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas". "Quitádmele de ahí -respondió el otro diablo- y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos." "¿Tan malo es? -respondió el otro." "Tan

malo -replicó el primero-, que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara”.

Don Quijote conjura de inmediato la visión:

Visión debió ser, sin duda, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie...no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino. (II, 70)

La cumbre de todas las mixturas cervantinas ocurre cuando la novela está llegando a su final. Poco antes de entrar definitivamente en su aldea, don Quijote se detienen a descansar en una venta y por allí acierta a pasar un personaje de orígenes singulares:

-Aquí puede vuestra merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, le dijo a Sancho:

-Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

Don Álvaro Tarfe llega desde la ficción leída y salta con naturalidad a la realidad de otra ficción. Lo maravilloso del caso está en que el libro es el del enemigo, ese que cuenta unas aventuras de don Quijote y Sancho que ellos, los verdaderos don Quijote y Sancho, saben que nunca les ocurrieron. Ya el caballero de los Espejos les había hablado de otros don Quijote y Sancho y el propio escudero, al oír en el capítulo LIX de la existencia del libro apócrifo, se sorprende y asegura que “el Sancho y el Quijote desahistoria deben de ser otros” (II, 59).

Cervantes roba aquí al personaje ajeno para convertirlo en arma arrojadiza contra Avellaneda, pues no serán él ni sus invenciones quienes respondan al ataque, sino el propio don Álvaro, que viene de una ficción a otra para denunciar la usurpación y, de paso, las incapacidades literarias del libro que lo originó. El diálogo entre el caballero manchego y granadino confirma la existencia real de dos don Quijotes y dos Sanchos pululando a la vez por la geografía de la segunda parte. La perplejidad de los interlocutores es completa y el manchego cervantino pregunta: “... señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?”. El interpelado reconoce que “en ninguna manera”. Sancho interviene al punto para defender su condición de personaje original:

-Y ese don Quijote -dijo el nuestro-, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

-Sí traía -respondió don Álvaro-; y, aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

Concluye el escudero que “cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño”. Don Álvaro lo confirma, asegurando que el otro Sancho tenía más “de comilón que de bien hablado, y más de tonto que

de gracioso" y que el don Quijote que él dejó en la Casa del Nuncio era "bien diferente" del que ahora tenía delante, aunque igualmente real y tangible. El héroe cervantino hace entonces un acto público de autoafirmación: "...yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos", y pide gracia a don Álvaro Tarfe de un documento legal que acredite esa verdad.

El testimonio del caballero avellanedesco resulta irrefutable, pues se trata del único personaje que ha conocido a los dos originales y que los puede comparar. Para tranquilidad del hidalgo, lo certifica en un documento legal firmado ante escribano:

Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquél que andaba impreso en una historia intitulada: Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse,

Y añade a esto el narrador:

...con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras. (II, 72)

Queda claro ahora que no se trataba de un simple libro que usurpa el original, sino de unos individuos reales que se habían hecho pasar por los verdaderos don Quijote y Sancho y que habían encontrado su historiador particular en Avellaneda. Ha de deducirse que el problema no estuvo en Avellaneda como ladrón de la historia de Cervantes, sino en su escasa perspicacia a la hora de elegir los modelos de su narración. Es decir, que la segunda parte de Alonso Fernández de Avellaneda no podía ser verdadera ni verosímil, porque el autor había confundido a los héroes cervantinos con dos individuos que fingían ser ellos en la misma geografía y al mismo tiempo.

Tras este encuentro con el mundo de la ficción enemiga, don Quijote se dirige mansamente a su muerte. En su testamento, retoma las mismas voluntades que Cervantes en su prólogo y se dirige al historiador apócrifo para encomendarle un poco de razón en la última de sus voluntades: "Íten, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos". De ahí al final, el cura pide al escribano que certifique la muerte de "Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente

don Quijote de la Mancha", y todo "para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas". Luego será el propio Cide Hamete quien dé la palabra a su pluma para erigirse como garante único del texto cervantino frente a Avellaneda:

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote. (II, 74)

La muerte del héroe se convierte así en castigo para el escritor anónimo y enemigo. Pero antes llegar ahí, Cervantes rompió, cortó, hizo y deshizo lo que quiso con el libro de Avellaneda, que, en sus manos, terminó por convertirse en un juego de magias literarias, que cuatro siglos después siguen causándonos gozo y perplejidad.

Obras citadas

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza, 1996.

Fernández de Avellaneda, Alonso, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

Vega y Carpio, Félix Lope de, *Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia, 1975.

Vega y Carpio, Félix Lope de, *Prosa I: Arcadia; El peregrino en su patria*, ed. Donald McGrady, Madrid: Fundación José Antonio Castro, 1997.

Cervantes, Miguel de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza, 1999.